

EL ENCUENTRO (FEDERICO Y MIGUEL)

SANTIAGO DELGADO

El día 2 de enero de 1933, el poeta y periodista murciano Raimundo de los Reyes, presentaba en Murcia, en su casa de la calle de la Merced, 2, a dos personas llamadas a perdurar en la historia de la literatura española: Federico García Lorca y Miguel Hernández, en pleno auge de su fama poética, y a punto de estrenar sus Bodas de sangre, el primero; el segundo, desengaño reciente en su alma por el frustrante viaje a Madrid, en trance de ver la publicación de su primer libro de poemas, Perito en Lunas, impreso en linotipia murciana.

Amalgama en fantasía y testimonio, quede el presente texto como un algo que no quiere dejar de ser lo que en el fondo tan sólo es: un hecho literario.

Mi agradecimiento a Antonio de los Reyes por su amistad y colaboración.

La luz del mirador, tras la mesa de despacho se difunde con letargo, cansinamente, traspasando el humo de los puros. Las gaseadas volutas del tabaco van ascendiendo lentas, poseídas de una somnolencia invencible. La tarde, pasado el umbral de la sobremesa, ha iniciado ya su declive hacia el ocaso. Es la primera media luz del casi reciente invierno. Una navidad de fruta escarchada, turrón y mantecado, colma una bandeja depositada en mesita auxiliar junto a los dos contertulios. A ambos lados del abarrotado escritorio, y por delante de él, sendos sillones de generosos y mullidos brazos acogen a las dos humanidades, bien



arrellanadas en su fondo. Semivacías copas de coñac reflejan en alargados brillos las luces de la balconada, yendo y viniendo con el vaivén de las manos y la conversación.

—Así que, Raimundo, no comprendes; o no comprendéis...

El invitado, haciendo volver a su mano sobre el periódico que acaba de dejar encima de la mesa —*El Debate* reza su título— lo señala mientras termina su alocución:

—...no comprendéis cómo el Ministerio de Instrucción Pública, laico, subvenciona una obra pensada para explicar y difundir el dogma católico, ¿no?

—Puedo entenderlo, Federico, puedo entenderlo: *La vida es sueño* tiene arte y belleza... lo han dicho los alemanes el siglo pasado... sus personajes son caracteres universales, etc., etc...; pero yo veo algo mucho más maquiavélico.

—¡Ay, ay, Raimundo, Raimundo: que mal pensado eres...! El teatro es el medio de extensión cultural más eficaz que hay; quien ve teatro aprende que existe algo llamado arte, que le llega, que comprende.

—Y junto a Calderón, Cervantes: los Entremeses.

—¡Claro, sus personajes continúan siendo actuales; el pueblo los sigue reconociendo entre los vecinos cuando representamos! Cervantes se fijó en lo inmutable del pueblo, como los campesinos de ese cuadro, ¿de quién es?

—De Luis Garay, un murciano.

—Pues así hay que representar al pueblo, con fuerza; utilizando la distorsión para darle potencia a la expresividad artística. Los temas del pueblo, cuando son auténticos, son intemporales. Este año estrenaré *Bodas de Sangre*, el drama rural del rapto de la novia, antes de las nupcias perpetrado por el novio despechado... violencia primitiva, pasión verdadera del campo español... un tema eterno y grandioso, como el del destino de un príncipe; Segismundo, por ejemplo, en *La vida es sueño*.

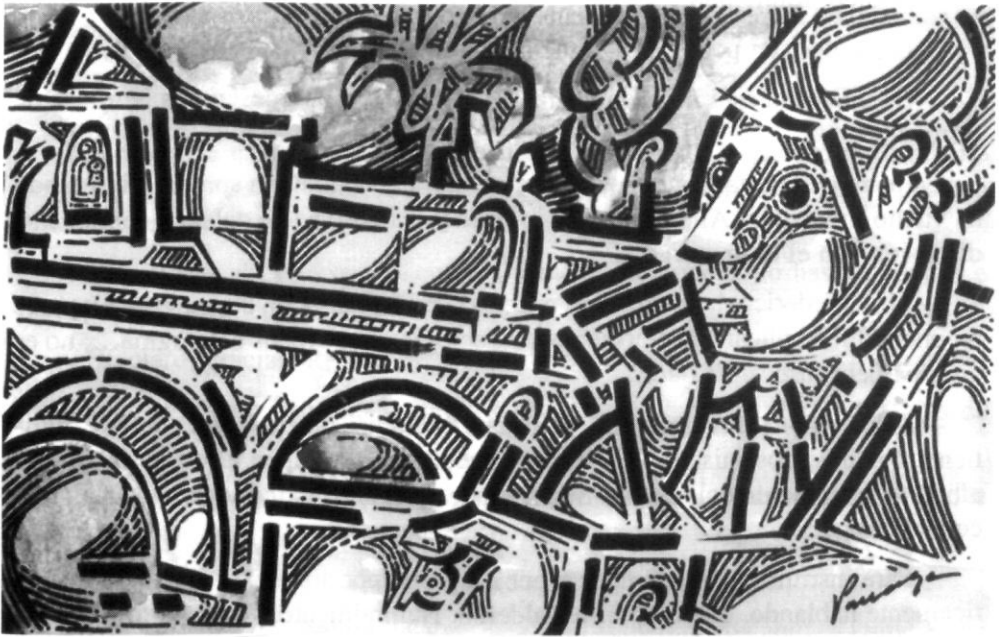
—Será un éxito. Brindo por tu obra.

Raimundo de los Reyes, poeta y anfitrión, se levanta alzando su copa, apenas un resto de coñac en su fondo, ante Federico García Lorca, huésped de tarde murciana, comensal invitado en la mesa familiar del escritor.

Trasiega aún el amargo licor por sus gargantas, cuando, de improviso, comienzan a dejarse oír desde la calle los cascabeles de una tartana, acompañados del rebotar de las llantas en el adoquinado, así como del ligero trote de la caballería, apaciguado todo por la cristalera del mirador.

Un instante apenas para que descienda un viajero, y nuevamente la peculiar





Dibujo de Párraga



sinfonía arremete con su obertura itinerante. Raimundo, llegado hasta los umbrales del gran lucernario de la habitación, ha contemplado cómo ese alguien, con bruscos ademanes, ha descendido del carruaje por la parte posterior del arrastre; saltando casi sin tocar los colgantes y metálicos peldaños. Aún está en la calzada el individuo parado, tímido, mirando el amplio zaguán de la casa, cuando el rojo techo de la galera, aún a la vista de Raimundo, abandona ya la calle de la Merced, ganando la plaza de Santo Domingo.

—Ahí está: ha venido...

—¿Quién, Raimundo...?

—Un amigo, un poeta; de Orihuela. A lo mejor has oído hablar de él.

—¡Ay, España está llena de poetas! Hacemos aquí la poesía más hermosa de Europa.

La parte de la estancia opuesta al mirador va quedando en sombra. Raimundo ha vuelto a su sillón. Allí, erguida la espalda y el rostro hacia delante, continúa su discusión con el dramaturgo.

—Mira, Federico, la instrucción religiosa en España es un desastre... ¡Hay que reconocerlo! Explicar altas lecciones de Teología y recovecos del dogma...; no es que sea peligroso... Es que...

—Sólo somos jóvenes universitarios que queremos deleitar a un público, divirtiéndonos nosotros mismos. El público puede que no llegue al dogma del libre albedrío, pero se emociona con Segismundo; con su libertad, con su esclavitud, con su pesar...

—Para instruir hay que empezar por abajo, no por arriba. Es magnífico, artísticamente hablando, que traigáis a Calderón. Naturalmente, yo no me lo perderé; pero, didácticamente...

—¡Uy, Raimundo, tenías que haberte mirado ahora mismo como te he visto yo; ja, ja...! Has pasado en un momentito de la risa a la seriedad, de la comedia a la tragedia. ¡Justo como el emblema de "La Barraca"! Mira, aquí lo llevo, ¿lo ves?, bien grande. Tu cabello —oye, cuántas canas vas teniendo, ¿no?, si sólo eres dos años mayor que yo— tu cabello te hacía alrededor del rostro como un halo. Justo uno igual rodea a la carátula de "La Barraca", ¿la ves?, y luego, enmarcado en él un rostro doble, la comedia —blanca—, y la tragedia —negra—. Si no lo tuviéramos ya, se me habría ocurrido al verte.

—Siempre encuentras ingenio y alegría en la conversación. ¡Yo, una carátula...! ¿Y tú, con ese mono de trabajador?, ¡ja, ja, ja...!

—¡Ay, Raimundo, no te rías!, que todos los que vamos en "La Bella Aurelia", ya sabes la camioneta que nos transporta, tenemos que colaborar en los montajes.



Precisamente por eso tendré que irme dentro de poco. Además yo hago de sombra, ¿sabes?, y he de presentar la función, arregladito, leyendo unos párrafos que ya he compuesto.

El timbre de la casa, agudo y breve, ha carraspeado desde la entrada de abajo. Raimundo mira su reloj, y se levanta de nuevo .

—Se llama Miguel Hernández.

—¡Ay, sí; me hablaron de él! Giménez Caballero lo entrevistó en Madrid, y Paquito Martínez Corbalán escribió sobre él en *La Estampa*; lo llamó... lo llamó..., ¡el poeta cabrero; eso es, el poeta cabrero!, ¿no es verdad? Yo estaba en América, pero me lo enseñaron.

—Ha venido a corregir esas pruebas que tengo ahí.

Remedios, la esposa de Raimundo, ha aparecido en la puerta con un niño pequeño —un año a lo sumo— en brazos, que contempla curioso el nuevo espacio abierto ante sus ojos.

—Raimundo, ahí está ese chico de Orihuela; dice que tú lo has llamado. Le diré que pase aquí con vosotros.

—Sí, claro; gracias, Remedios, gracias.

En ese momento una niña —cinco o seis años— aparece entre las faldas de Remedios.

—¿Y tú, que haces aquí? ¡venga a merendar! —dice su madre cogiéndola de la mano.

Federico, advirtiendo la dulce curiosidad de Isabel, la llama:

—¡Uy, qué niña tan bonita...! Ven, ven aquí Isabelita, ven aquí... Dime, ¿qué te van a traer los Reyes Magos?

La niña, agarrada a las faldas de su madre vuelve la cabeza tirando hacia el pasillo. Remedios, con una voz apenas elevada, como dirigida a alguien casi inmediato, llama al recién llegado.

—Pase usted, Miguel, pase; que mi marido lo está esperando. ¡Vamos, niña, no seas tan "cortá"...! Y deja paso.

La puerta se ha cerrado, dejando al de Orihuela dentro de la habitación. La decisión de entrar hasta el fondo, hasta la mesa de despacho, se ha visto repentinamente contrarrestada al advertir la presencia de un extraño. Raimundo, percibido de ello, procede a las presentaciones.

—Mira, Federico, éste es Miguel Hernández, poeta; es de Orihuela. Miguel, supongo que lo habrás reconocido; te presento a Federico García Lorca.



—Es... es un honor, don Federico... y un orgullo. Yo, yo he leído toda su poesía...

—¡Anda... pero no me llames de usted, hombre!, a mí todo el mundo me llama Federico. Yo sólo llamo de usted al maestro Falla, don Manuel de Falla.

—Sí, sí, claro.

—Miguel ha venido para corregir unos poemas de su libro; los últimos ya, ¿sabes? Se los vamos haciendo en *La Verdad*; cuando se puede, claro. Espero que este mismo mes se pueda ver ya en la calle. Tiene un título precioso: “Perito en lunas”.

—Antes se iba a llamar “Poliedros”.

—¡Uy, me recuerda a Nueva York ese nombre geométrico! así... tan inquietantemente perfecto... da escalofrío, y soledad, ¿no? Ya veréis lo que he escrito sobre esa ciudad... anarquía de palabras y de ideas, pero con sentimiento, con el duende... Porque allí también hay duende. Si no hay duende no hay poesía, ¿verdad Miguelito?

—Ramón Sijé dice que...

—¡Ah, Ramón Sijé; claro, si es de Orihuela también como tú!

Ayer leí una cosa suya muy bonita en *La Verdad* sobre el último libro de Vicente Aleixandre. Decía de él que era hacer abistoria con la historia. ¡Eso es anarquismo de las palabras! Pero al final decía algo mejor todavía: “su título —venía a decir— es como el beso de un amor furtivo”. Ya sabéis que el título es *Espadas como labios* ¡Qué genial! El amor furtivo es el mejor de los amores, el prohibido... como yo lo saco en *Bodas de sangre*, aunque yo prefiero llamarlo oscuro, robándole a San Juan de la Cruz la palabra. Todos los poetas somos ladrones de otros poetas, ¿no creéis? Noche oscura del alma para siempre oscura: o todavía mejor, como esos enamorados, presos en la cárcel del amor oscuro...

—A Miguel le costea el libro Monseñor Almarcha, canónigo de Orihuela.

—¡Ah, qué hermosura, igual que si un cardenal del Renacimiento le pagara la impresión a un Ariosto, o a un Bembo! Eres un poeta afortunado.

—Y eso que a don Luis ya no le gusta la poesía de Miguel. Prefiere la que hacía al principio, más sencilla...

—¡Yo no le pido a don Luis consejo, sino ayuda!

—¡Uy, qué orgullosito es el poeta! —comenta el granadino, agitando la mano frente a su propio pecho. Miguel, algo contrito baja la cabeza. Federico aprovecha para inspeccionarlo.



Unos pantalones de pana, anchos y marrones, deshacen todo principio de perfil humano, cayendo rectos y holgados hasta los pies. Allí, insólitamente, unas esparteñas de lona denuncian el claro origen campesino de su poseedor. Una chaqueta gris, algo liviana para ser invierno, y un tanto arrugada, se guarniciona con bufanda en cuadros blancos y negros sobre las solapas. Una camisa sin cuello, de rayas marrones sobre fondo blanco completa la indumentaria. A medias tapado por la bufanda, un primoroso zurcido de cinco hilos transversales luce su arte en la solapa izquierda, la del corazón. Su rostro moreno de soles montaraces, y sombreado de renaciente barba —servidumbre de quien se afeitó demasiado temprano— deja escapar los reflejos, algo verduscos, de unos ojos en los que se adivina, por intervalos, el asombro, la furia y la timidez.

Ajustada su visión en el silencio de la pausa, Federico cambia adrede de tema.

—¿Sabéis?, hoy “La Barraca” es más murciana que vuestra Torre de la Catedral.

—¿Por qué? —pregunta con fuerte histrionismo de curiosidad Raimundo, deseoso de animar el ingenio del visitante.

—Mira, yo me llamo Lorca... ¿Sabíais que mis abuelos maternos eran de Totana? Soy medio murciano, ¡ja, ja, ja...! Y los decorados de *Los habladores*, de tratamiento Cervantino, que va en la segunda parte de la función, los ha hecho Ramón Gaya, ¿lo conocéis?, es paisano vuestro. Qué hombre tan serio... me lo presentó Luis Cernuda.

—Se representaba a Calderón y a Cervantes...; el siglo de oro es inigualable. No deberíamos hacer otra literatura que no fuese inspirada por ellos; Góngora, Lope, Quevedo...; sobre todo Góngora.

El ímpetu de palabra de Miguel consigue retraer la siempre alegre habla del visitante. El oriolano, tomando protagonismo, termina su canto a los poetas áureos.

—Sí, Góngora es retorcido y hosco como la raíz del tomillo; pero luego, en la flor, ofrece el más incomparable de los aromas. Mi *Perito en lunas* va en octavas reales, como el *Polifemo*.

—¿Tú los has leído, Miguel? —Federico, comprendiendo que, poeta primerizo al fin, el de Orihuela busca poner como tema de conversación su libro, trata de conseguir para el neófito la ocasión, aun sin dejarlo sentir, de hacerse protagonista del momento— ¿has dejado que te fecundaran en esos versos que corriges? Seguro que sí... Hubieras tenido que estar en Sevilla cuando el Centenario de Góngora... ¡Ay, ay, lo que se me está ocurriendo...! ¡Mira, Miguel, mira! ahora mismo Raimundo y yo nos sentamos aquí, y tú nos lees...; o mejor, mucho mejor aún, nos recitas algún poema de memoria, de ese libro. Además... con esta media luz, que casi se ha ido ya... y escuchamos tu voz en la penumbra, con la silueta



del crucifijo, tétrica y solemne, que hay encima de la mesa... así, recortada contra la débil claridad de la ventana... ¡Venga, Raimundo, tú ahí y yo aquí! Preparando la escena. Un teatro de la vida real. ¡Señoras y señores, Miguel Hernández va a recitar; dispónganse a oír su treno gongorino, forjado como una talla barroca de arcángel victorioso...! La luz herida de la tarde moribunda será su escenario; él, la sombra oscura que la luna poética arroja sobre sus cuartillas, florecidas en versos...

Sentado con esto Federico junto a su anfitrión, y recomendándole histriónicamente silencio, aguardan ambos un instante a que Miguel se concentre, y tome su vez en el familiar e improvisado espectáculo.

—Voy a recitar... —la situación de Miguel, brazos cruzados e inmóvil línea de adusto perfil, emite una voz sobria, tratando de ponerse a la altura en que su presentador le acaba de situar...— voy a recitar —repite Miguel— la octava real en donde va el título del libro, escuchad:

*Hay un constante estío de ceniza
para cubrir la luna de la era,*

La silueta ha permanecido quieta, serena, como el mismo tono del recitado: no obstante, al llegar el tercer verso, se alza, gravemente, la voz:

*Mas que aquella caliente que aquél iza,
y más, si menos, oro, duradera.*

Una notable pausa ha inundado de silencio la oscura estancia. Un vaivén de manos agitadas acompaña ahora al verso.

Una imposible y otra alcanzadiza

Poniendo dramatismo en la interrogación retórica que se preludia, sus brazos se alzan, recortándose en su extremo las abiertas palmas de las manos; leve expresión de paroxismo contra el apagado fulgor de los visillos.

Hacia cuál de las dos haré carrera?

Bajando lentamente ahora las manos, dispónelas por delante de sí mismo, llegando a señalar con ellas a sus dos amigos. Su dedo índice es alcanzado por la luz, saliendo como carnado relieve en la indiferenciada tiniebla de la silueta:

*Oh, tú, perito en lunas; que yo sepa
qué luna es de mejor sabor y cepa.*

Por unos segundos las palabras de Miguel han quedado como prendidas en el labrado silencio de la recitación. Casi de inmediato, un solo de violín, tierna y ronca dulzura de radio su origen, derrámase desde alguna inubicable cercanía urbana. Lánguidamente perduradas, las agudas notas se han ido adueñando del ambiente. Mantiénense todos mágicamente inertes unos instantes hasta que, Federico, impensadamente, junto a la mesa de trabajo, enciende el flexo de tulipa,



prorrumpiendo simultáneamente en un fervoroso aplauso, al que, de inmediato y alborozadamente, súmase con afecto Raimundo.

—¡Bravo, bravo; viva Miguel Hernández, mejor que Góngora, bravo!

—Muy bien, Miguel, muy bien —apostilla Raimundo, palmeando el hombro del poeta.

—Claro... ¡con que ya soy el primer poeta de España...! —contesta Miguel a ambos.

Federico que abraza al rapsoda de sus propios versos en ese momento, se aparte de él bruscamente. No obstante, se detiene enseguida y cediendo en su primer impulso, casi cara a cara con Miguel, acierta a decir en su mejor tono de broma:

—¡Hombre, no tanto, no tanto...!

—Caray, Miguel, piensa en todos los de Madrid...; pero ya verás cuando lean tu libro, ya verás...

Raimundo, anfitrión diplomático, se dirige rápidamente a Federico, en un intento de ahuyentar el fantasma del enfrentamiento.

—Oye, ¿a qué hora es la función?

—¡Uy, si ya me estarán echando en falta! ¡Cómo pasa el tiempo! Me voy, me voy. Menos mal que vives aquí, al ladito mismo del teatro. Oye, Miguel, me tienes que dar un libro ¿eh? ¡Ah!, y continúa con ese arrebatado...

—¡Humano, arrebatado humano...!

—¡Lírico...! —corrige Federico—. Un abrazo, Raimundo, que os dejo. Y tú, mándame cosas para *Gallo*, la revista de Granada. Granada y Murcia, hermanas de poesía.

—Y Orihuela —apunta Miguel, alegre.

—Y Orihuela, y Orihuela —contesta el visitante, ganando ya el oscuro pasillo del brazo de Raimundo.

—¡Qué árbol más extraordinario tenéis los murcianos en esa plaza, Raimundo! Es el rey de los ficus.

Las palabras del dramaturgo, pasillo delante en busca de la puerta de la calle, se han ido desvaneciendo según los dos amigos se alejan. Miguel Hernández, rápido y curioso, se ha lanzado sobre la mesa, donde descubre con emoción las pruebas de las últimas octavas de su libro. Apenas las ha alzado hasta su vista, cuando se oye el portazo que despide a Federico.





Con Saura Pacheco, José Planes, Emilio Díez de Revenga y el Ministro Ibáñez Martín, entre otros. Junto al Ministro, Isabel de los Reyes, hija del escritor.

